

Andrés Sabella

Angel Cruchaga: 25 años de poesía



HASTA qué punto pueden los nombres influir en el destino de un hombre? Me formulo esta pregunta, pues en el poeta Cruchaga, apellido cercado por un Angel y un Santa María, el canto se orienta, preferentemente, en su puro origen; y en «su dorada trayectoria» hacia el dominio celeste. Su voz busca en las llagas de Cristo, para extraer la luz de sus canciones, y una dulzura de paisaje bíblico domina su poesía:

«¡Dios nos llama! Sollozan las estrellas».

.....

«¡Cómo lucen las manos
estrelladas del Cristo!» (1).

(1) El propio poeta me ha informado esta curiosidad: su apellido significa «El Sitio de la Cruz».

Alvaro Bombal se planteó en una conferencia reciente esta misma influencia que yo insinué en otra, dada en febrero de 1937, en Antofagasta, conferencia que me ha servido, en parte, para este artículo.

La frase entrecorillada es de Rubén Azócar.

• • •

Su primer libro, «Las manos juntas», (1915) es la anticipación de la altitud que Angel Cruchaga irá persiguiendo y alcanzando en sus jornadas posteriores; allí está en potencia la serenidad que alzará sus finas banderas en «La ciudad invisible», (1928). En «Selva lírica», (libro doradamente trabajado para provecho de la poesía chilena, que fuera reflector cordial y cuchilla certera), uno de los antalogistas se reconcilia con Cruchaga, después de leer los poemas que constituyen «Las manos juntas», reconociendo su error inicial de apreciación, que no era otro que el de pensar que en Angel no existía sino «un poseur, como tantos y tantos otros...». Y es que ciertos poemas que figuran en este libro, («Mi sombra», «Las Raíces») exclaman la presencia de un agudo temperamento poético, cruzando por la tierra con auténticas legiones de calidad (1).

(1) El antalogista es Juan Agustín Araya. (O. Segura Castro).

«Las manos juntas» está dedicado, entre otras referencias, «Para sus ojos azules donde adivino el continuo abatimiento de mi madre, y el sabor a Dios que fluía de los ojos incéfables y claros de la hermana muerta».

Prologó el libro Tomás Gabriel Chazal, quien escribe que «está hecho con crujimientos de cerebro, con crispaciones de sensibilidad, con hábitos de alma». Finaliza su presentación señalando que «un gran poeta aguarda». Y, Hernán del Solar, en torno de la aparición de Cruchaga en nuestras letras: «Nacía, ahora, el canto de un hombre poseído de maravillosas intuiciones».

«Las manos juntas» está dividido en las siguientes partes: «La som-

En este libro comienza la faena heroica de depurar la expresión, faena que demuestra la verdad de un poeta: equilibrar en el tiempo y en el espacio el poema, con las palabras justas, con la medida de palabras que lo harán permanecer inalterable, mientras el globo gire, como una bola llena de torres de lágrimas y relámpagos de esperanza!

Frente al misterio lancinante del mundo, Cruchaga juntó las manos y su vida se recluyó, exclusiva, en sus ojos y en su voz. De tales balcones empezó a revelarnos su actitud de pastor de resplandores.

A lo largo de esta avenida de quebrantos, que es el libro, encontramos una como alucinación de manos queridas perdidas en el aire, y es un par de ojos azules su condecoración de tristeza. Rueda la esencia de la madre por sus interiores. Cruje el horizonte y la muerte allega al joven lirida su copa de quemantes bordes: «Del abandono».

El amor por las cosas sutiles y olvidadas, que en «Job», (1922), se hará bronce de vehemencia y eternidad, aquí desnuda su corazón y valora, en sus tres instantes, el libro: «Mi Sombra», «Los Rincones» y «Las Raíces».

bra armoniosa», «Los ojos humildes», «De mi Iglesia», «Junto al muro» y «El último umbral».

De este libro recuerdo: «Pone el sol sus ironías luminosas en los vidrios», «La aurora de la luna», «Donde Dios se levanta como un árbol florido», «una sombra que cae como una caricia», «la luz en los rincones se fatiga, etc.

* * *

En París, se edita «La selva prometida», (1920). Fragante vertical divide la garganta del poeta y la constancia de la angustia y la ausencia montan guardia de horror en sus pupilas. Ora es la madre, ora un rostro que encanta la distancia y hiere. El elegíaco fino, que es Angel, crea, entonces, una zona de lágrima digna, donde el sentimiento cristiano está sustituido por una ternura densa y en donde Cruchaga parece vivir no como tal, sino que como una segunda persona transparente y dolorosa.

Como una viñeta de aves sedientas, leemos aquí su «Eternidad», breve lección de diamante, enseñándonos que «El corazón se apoya en una voz» (1).

* * *

«Job» viene en seguida. Y asombra con la edificación de una poética que es augurio de novedad congénita y no de feria, Cruchaga, con audacia, habla, en la evocación del «Santo del muladar», de su «sangre celeste» (2).

(1) De «La selva prometida» conservo algunas imágenes: «En tu sangre dormida nace la luna de los niños pobres», «En el sol de una voz hasta la muerte quedará fragante», «Se encantó la hierba del campo, como si un niño cantara», etc.

(2) La segunda edición de «Job» es de 1933. Es «Para la mujer dormida que vive en mi corazón más allá del amor»; (Ver artículo de H. del Solar, «Chile Magazine», de abril de 1922).

El título de este poemario nos garantiza su filiación cristiana en el sentido de buscar en Jesús, o en lo que en su torno vive, el eje de su inspiración. La temática se aferra a aquello que le dora los ojos con las flores del cilicio y lo terreno, lo que, fundamentalmente, se nutre del pan negro de la tierra y sus pasiones, no cuelga en los andamios azulosos de estos poemas, sus trapos teñidos de cieno y de aproximaciones celestes.

«Oh, senderos del mundo, Jesús viene tranquilo de las constelaciones infinitas y suaves».

Angel ha tirado sus redes a la altura, para coger en ella el ritmo de las estrellas, para sentir, en su centro, el murmullo de los ángeles y, sobre todo, la voz de siglos de Dios, orientando su perfil a los postreros límites del cielo:

«La voz del Cristo rueda semejando un sollozo lanzado de la cruz hacia los cuatro vientos».

Magnífico poema de alas oscuras, volando entre los ámbitos de la muerte y de la desventura:

«Dános la muerte, Señor,
¡Rómpenos como a una lira!
Entre tus dedos azules
se irá sonriendo la vida».

Dios nos conmueve, insignia, camino:

«Dios deshoja el jazmín de la última hora».

Y Job, el «terrible santo», es en la frente del poeta su signo de destino y de canción: «La Evocación de Job», «Los Hijos de Job», «Job en el Cielo».

El poeta, que es un asceta singular, que conoce el martirio y lo soporta y calla, en sus éxtasis, con las pupilas engarfiadas en la inmensidad, es también, un Job, en quien las llagas sueñan con rubíes imposibles y en quien el corazón se encalma con el presentimiento de la estrofa maravillosa: ¿es esta la intención de Angel Cruchaga?

Ennoblecen este tomo tres poemas que el elogio nunca olvidará, tríptico brillante y admirable el de «El Canto al Musgo», «Las Piedras» y «El Canto del Humo», ya intuido, como observáramos, en «Las manos juntas». Tres porciones de poesía en que lo simple encuentra su reivindicación y la alabanza agradecida de un hombre de clara substancia interna. Si los «Tres Cantos Materiales» de Neruda, expresan el amor por cosas del hombre y para el hombre, por cosas de una vivencia imperiosa, en una vertiginosa multitud de sueño y alegoría, los tres poemas de Cruchaga son el arco de rocío, inexpresable y diáfano, elevado a eso que fija una personalidad de tan hondas ternuras: el musgo, la piedra, el humo.

Pilares de blancas resonancias, «El Canto de los

Mares Solos» y «El Presentimiento del Ultimo Día», agrandan los horizontes de estas páginas:

«Somos la remembranza de la tierra vencida.
Necesitaba Dios nuestro vaivén profundo
que era ritmo en sus venas y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo».

.....

«Claro presentimiento de la muerte
que hace cantar la tierra.
¡Moriremos! suspiran los cipreses.
¡Dios nos llama! sollozan las estrellas».

Libro de angustiosas espirales azules, en las cuales asciende el corazón en cruz del poeta a un lejano país, donde una mariposa de cenizas rojas, traza mensajes de una terrible sabiduría, culminando en el cuadro poderoso del «El Juicio Final».

«Y hasta las cuencas de tu luz se vierte
un resplandor y son los ojos de oro
y es un jardín de estrellas extáticas la muerte.
Y Luzbel tiene los cabellos de oro».

Es «Job» un cuaderno de llamas, que debemos leer con los labios vueltos, velas de sombras desgarradas.

• • •

Impreso en Río Gallegos, (1923), insurgen «Los mástiles de oro», poemas en prosa. En ellos la participación del mar y su nostalgia, la de la sal brumosa y de la estatua doliente de una mujer, colman los primeros días del volumen.

El poema «Anhelos» retrata una intención sedienta de mares y de muerte exhausta de rutas.

La prosa melodiosa y bruñida de agilidad y sentimiento que conoceremos en algunas oraciones de «La ciudad invisible», despunta en estos cuadros de «Los mástiles de oro», título que deriva, a mi intuir, de un verso de «El Canto de los Mares Solos»: ¡Ola, mástiles sonoros, etc.» (1).

(1) Fuera de la parte que da el título al libro, encontramos en él: «Con los brazos en cruz» y «Los espejos trizados».

De este libro es el poema «Ola», que va a continuación: ¡Ola dorada que te desenvuelves como un vestido de seda, dime la canción de los naufragos! ¿En qué gruta de esmeralda con peces de zafiro y ópalo están los muertos? ¿Aún aguardan algún recuerdo de la tierra triste? ¿Hay alguno que llora en el silencio verde por unos ojos dormidos, como dos niños de seda?».

En «Los mástiles de oro» tiene Cruchaga un recuerdo para su ascendencia vasca, que repite en una oración de «La ciudad invisible», cuando se define: «Yo no soy nada más que un pastor de la Vasconia de piedra que hace mil años descendió los montes, cantando». Y en «Paso de sombra» encontramos otra alusión a su línea de sangre en el «Romance de Gregorio Cruchaga».

• • •

Arriba 1928, (año particularmente amado por mí, pues en él entré al sendero ardoroso y subyugante de la poesía, como soldado de planta), y Cruchaga yergue en la lírica de América «La ciudad invisible», pedazo de un otoño puntuado de golondrinas. Aquí persiste la mirada del poeta en su búsqueda de Dios, como médula del cantar. Pero el amor que, aunque tarde en venir, a nadie exime de la obligación de su arrobamiento, le ha quebrado para siempre la sonrisa, y una mujer,—que fué hasta ese minuto de lágrima y gloria un vuelo de campanas remotas encima del corazón—, mujer de claros sueños, enceniza sus pupilas:

«Eres más bella cuando estoy más triste».

De este modo fija su brújula de tréboles ebrios en «El Amor Junto al Mar». Y comienza en la garganta de este hombre la lucha de la mujer que, a pesar de enturbiarle su pecho, es la razón de sus días, y Jesús, que le ofrece un oasis de paz en medio de sus manos:

«Gracias, Señor, por las colinas suaves,
ondulaciones de tu cabellera» (1).

(1) El poema a que pertenecen estos versos fué premiado en Curicó, con otro de O. Segura Castro, siendo jurados: Carlos Mondaca, Federico Gana y Jorge Hubner Bezanilla, (abril de 1918).

La mujer potencializa el poema y una madurez firme de expresión e imagen, de dulzura y tiempo grande, cubre sus palabras:

En el umbral de tu mansión por siempre
como un lebrél dejé tendida mi alma».

En tres partes divide el poeta este libro: «Los cirios», poemas en prosa, (1923 y 1924), «La ciudad invisible» y «La hoguera abandonada». (1925) (1).

En «Los cirios» encontramos la anatomía de un hombre que ha clavado su destino entre una cruz y una sombra de mujer. Por esos límites corre un agua laudatoria para las colmenas, las simientes, las cenizas, las venas, los silencios. Noble lenguaje de surtidor coronado de astros:

«Que sea como el ciego en cuyas venas el cielo se desliza gota a gota».

«Los cirios» es una colección de oraciones que un pájaro sagrado escribiría, feliz, sobre el seno tranquilo

(1) «La ciudad invisible» trae un «Elogio» preliminar; en este leo: «Ahora que aroma a reseda el huerto, he alzado de mi triateza estos latidos en tu alabanza».

Viene en este libro casi íntegro el índice de «La selva prometida».

He aquí algunos fragmentos de este libro: «¿No brota el sol de tus llagas?», «ponernos dos llagas de eternidad sobre los ojos», «gastado como una estrella en el viento», «mujer que palpas el día como a un niño de frente ardorosa», «Ella que sostiene el mundo», «Dios empieza en el canto de tus ojos», «Tú te llevarás la última mariposa», etc.

de un crepúsculo: «La Oración del Alma Sola», «La Oración del Hombre Miserable».

«La ciudad invisible» contiene numerosos versos de antología: «En el éxtasis», de pareados que evocan una lluvia en pálida derrota, «Estéril», «Por la Tristeza de tus Ojos», «Canta mi Corazón», «El Amor Junto al Mar», «Cuando Cierro los Ojos», «Cúpula»,

El poema «Oriente» y el intitulado «El viaje» repiten la nota vagabunda que amanece en «Los mástiles de oro».

Por último, en «La hoguera abandonada» oímos multiplicidad de tonos. Se inicia esta sección con poemas de factura de paloma, para entrar, resueltamente, a partir del poema «Vitruv» en un vértigo de amorosa raíz y de resonantes imágenes; ese poema señala la partida del poeta a un regazo profundo de mujer, ausentándose de la tutela y del respeto divinos para inclinarse en aquél, como en un vaso de inexpresable contenido; y, marca, además, la postura actual, vibrante y libre de un apolonida, usando el poema lo mismo que un arco fiel y fecundo: «Anillo», «Amada mía», «Alabanza», «Milagro».

«La Soledad del Hombre Ultimo» nos rasga los ojos en una febril anunciación de fuertes soledades.

¿Qué es «La ciudad invisible?». ¿En qué mapa de sangre se lee? ¿De qué puerto bendito por la vida se zarpa para ella?

Ciudad para soñar y extenuarnos, descubierta por

este poeta que amó unos cojos sin límites—donde temblando se sostiene el día». Ciudad que echa su primera amarra de amor en nuestra adolescencia y vive cubierta por una mano de águilas de fuego. Ciudad que el sol registra y que la noche inunda de navíos. ¿Dónde estás? ¿Con qué pupila se podrá describirte en el recuerdo, después de la visión suprema? ¡Ah! tal vez vivas tras de la herida que nos hace más semejantes a la abeja, cada día!... (1).

• • •

«Afán del corazón» (1933), es la plenitud de este enraizamiento humano que hemos venido marginando. El amor ha hecho suyo al poeta y bulle en su instrumento un vendaval de rosas:

«Nada hubo más alto que tú, ni el arco iris primero en las pupilas de Adán estupefacto».

(1) En mi archivo he encontrado una página de «Zig-Zag», cuya fecha ignoro, pero que presumo debe ser de 1925, más o menos, en que viene un poema llamado «La ciudad invisible», y que sirve de anuncio al libro del mismo nombre de Cruchaga. Este poema no aparece en la edición comentada. Es una como postal de esta ciudad que al poeta lo «liberta de las cosas del mundo» y que «en un latido de alas conoce la emoción del cielo». Dice Angel que «En ella viven la eternidad de Dios, las sombras puras de mis abuelos. Sus miradas fingen llamas azules en la lontananza».

Este libro debió aparecer en Buenos Aires. El editor quebró cuando estaban listas las pruebas y hubo, con otros, de perderse. En esa edición iba ese poema, que al editarse el tomo en Chile fué suprimido por razones de cantidad.

La inquietud divina se ha marchitado en su alma, puesto que él ha divinizado en una mujer, en cuyos «senos cantan las estaciones», realidad hermosa, su antiguo fervor y, al mismo tiempo, a su contacto de élitros ardientes, ha llegado a ser un dios que pulsa el firmamento, como una lira vasta, para decirnos, en un idioma de licores encendidos, su terrible adhesión a la «Creadora del mundo», a esa que inclina su cabeza «como un otoño» y divide «los cielos levantando su mano».

La poética de Cruchaga en «Afán del corazón» respira enriquecida. La imaginación mueve sus hélices y, en cada página, una salpicadura mágica nos transmite con épocas que avergüenzan a las estrellas:

«Cuande te miro, la tierra vacila de mariposas» (1).

¿Qué ventana de sol se abrirá en las arterias de este hombre, o qué de angustia? Al final, su canción postrera, ¿será para la del «pie deshojado de humo», o para el Cristo de su amanecer? (2).

(1) «Afán del corazón», contiene producción de 1925 a 1932. En la «Introducción a la Poética de Angel Cruchaga», se expresa en estos términos. Pablo Neruda: «Los cantos de Angel se acercan a unos llenos de helada claridad, con cierto temblor extraterrestre y sublunar, vestidos con cierta piel de estrellas». Está firmada esta Introducción en Batavia, Java, febrero de 1931.

Destaco en «Afán del corazón»: «Letanías», «Lámpara», «Sueño», «Vaso azul», «Afán del corazón», «Latitud» y «Rocío».

(2) Para referencias puede verse las que apunta Armando Donoso en «Nuevos poetas». A ellas agregamos un artículo de Angel C. Conzález

• • •

Seis años separan a «Afán del corazón», de «Paso de sombra», que recién se muestra en las librerías (1).

Una grave sinfonía de aguas vivas se bate en estos cantos. Quieta suma de tardes inclinadas, «Paso de sombra», acaricia como una flor ungida madre:

«Lejos te irás, donde las islas cantan
como el sol sobre el mundo en el cenit.
¡Qué ave del cielo comerá en tu mano
el trigo, suave como tu perfil»

En cada volteo de páginas se aspira un tembloroso perfume de paz. Está el horizonte tan próximo de su corazón, que el poeta entiende el diálogo de las luciérnagas y todo le es familiar y permitido en el universo:

«Este es el amor que se desprende
como un lento cometa de tus hombros».

«Paso de sombra» ostenta este mérito: el poeta penetra el dolor universal y, sin renegar del propio, se agrega, voluntariamente, a la protesta que los llantos

Vásquez, aparecido en la revista «Cincuentenario», del Centro de Estudiantes de Pedagogía (1939), y «Poetas y Poemas», de Clarence Finlayson, (1938):

(1) Conviene anotar que a la obra poética, Cruchaga adiciona otras; fué uno de los redactores más entusiastas de la gran revista «Letras». Ha traducido numerosas obras de valía internacional. Sus conferencias han dignificado muchas tarimas del país y Argentina, (sobre Rimbaud, «Oriente Árabe», etc.) En las dos veces que hemos tenido Feria del Libro, su participación ha sido señalada y aplaudida. En la actualidad dirige «Los Lunes Literarios» del diario «La Crítica».

del suburbio arrojan contra el cielo. Cristiano, no podría permanecer a la vera de la tragedia humana, embebido en su sangre. «La luna de los niños pobres», que aludiera al empezar «La selva prometida», bautizó su varonía social; la ascendencia vasca aumentó sus fuegos, cuando la España Republicana fué traicionada: de esta manera, llegó, naturalmente, al sitio de honor de la defensa escrita de la patria de Cervantes y de La Pasionaria. «Rostro de España» es una cartelera de volcanes y centellas:

«¡Ni cielo y tierra vencerán tu rosa!»

Enamorado de lo humilde y lo limpio, Cruchaga definió su timón y hoy es una oriflama su estampa democrática.

«Israel», «Elogio de los trabajadores» y «Canto a Chile» reafirman su posición clasista y combativa, de varón del oriente de los puños proletarios.

De Dios, aromándose en la mujer, a la estrella de amapola y harina del pueblo: he ahí el esquema de su viaje.

«Poemas de San Bernardo» recogen diferentes facetas de su residencia: Romeo Murga y Manuel Magallanes Moure —que bajaron sus ojos en medio de este pueblo de «luz de enredaderas luminosas»—, provocan en el libro una eutonación elegíaca fraternal y solemne, bella y concisa.

Y otros dos muertos queridos vacían su silencio en

este tomo: el chileno Pezoa y el desventurado niño que pisoteara a la gloria, nuestro bien llorado Jean Arthur Rimbaud.

«Paso de sombra», es decir, paso de la alba inédita (1).

* * *

Veinticinco años de poesía cumple, ahora, Angel Cruchaga, esto es contar con orgullo, veinticinco agonías de sol, en una continuada resurrección de alas. Poeta de erguida aristocracia, jamás claudicó a su deber de restaurador del mundo y siempre estuvo su mano presta al oficio, con despierta lealtad a la belleza. Solitario y exigente, su poesía es un testimonio de capacidad y de honradez consigo mismo (2).

¡Que Apolo inaugure las puertas de su cielo! (13).

(1) En «Paso de sombra» se advierte, fácilmente, la predisposición odórica de Cruchaga. El perfume es en su lírica, materia esencial; jazmín, reseda; (Ver artículo Torres Púa, «El Sur», Concepción, 4 de febrero de 1940).

Siendo, como es, Cruchaga un poeta de autonomía estructural lograda, exhibe su propiedad técnica continuamente: verbi gracia, en este libro: «Muerte y Resurrección».

(2) Tiene inéditos Angel Cruchaga: «Noche de las Noches» y «Abeja», poemas en prosa.

«Noche de las Noches», con sus catorce cantos, es el episodio del hombre que retorna de la muerte, al llamado del mundo. No es el Lázaro que se para a virtud del divino mandato. Es el hombre que vuelve, porque la mujer, el mar, la noche, el hijo le rescatan y le reincorporan a su misión y a su espectáculo, (este libro es de 1936).

«Abeja» comprende alrededor de sesenta poemas, muchos de los cuales se han publicado en diarios y revistas.